

LO QUE VALEN LOS DIAMANTES

La Condesa de Z lucía en el baile una portentosa diadema de brillantes, que provocaba la codicia de los hombres y la envidia de las mujeres. Era una fortuna en compendio.

Mi amigo Faustino, periodista y bohemio en una pieza, exclamó ante un grupo de amigos al cotemplar aquella riqueza:

—Dénme esa diadema, y se acabaron mis constantes preocupaciones.

—¿Qué quiere usted significar con esto? preguntóle con sorna, un joven belga, corresponsal de un gran periódico extranjero.



—Sencillamente que ya no existirían para mí privaciones ni acreedores, esas dos grandes calamidades que me persiguen desde la cuna.

—¡Cuán engañado está usted! repuso el extranjero. El diamante vale, si hay quien lo aprecia; pero si nadie lo solicita, maldito lo que importa. Esto pasa con los hombres y con las cosas.

—Dénme los diamantes y aseguro á usted que no me faltarán compradores. A nadie se le ocurre pensar que, á mayor ó menor precio, puedan quedar sin colocación los diamantes.

—Crea usted que se dan casos, y si no les molesto, voy á referir á ustedes lo que sucedió á un pobre hermano mío, no hace muchos años, que he recordado precisamente al ver á Faustino tan entusiasmado ante aquella espléndida diadema.

—Cuente usted, cuente; exclamamos á coro.

—Pues bien: mi hermano pasó una larga temporada en el Cabo, entre los buscadores de diamantes. Nacido como yo en una pobre aldea de Flandes, acostumbrado á trabajar desde niño, dejó un día nuestro hogar, llevado de la ambición y de su espíritu aventurero, yéndose en compañía de algunos jóvenes holandeses á explotar un criadero próximo á Kimberley. El negocio les fué á las mil maravillas, y en pocos años fueron dueños de un caudal de brillantes, suficiente para colmar á media docena de princesas. A los seis años de trabajo, cedieron el criadero, en buenas condiciones, á unos boers, y emprendieron el regreso á Europa, llevando consigo los codiciados y diminutos cristales. Eran cuatro, y en unas pequeñas talegas cosidas á los hábitos, encerraron el espléndido fruto de su labor, que en el mercado de Amsterdam tenía que ser justipreciado con largueza.

Embarcáronse en un vapor holandés y con júbilo infinito, semejante al del desterrado que vuelve triunfador á la patria, emprendieron el regreso por el canal de Suez. El tiempo, que fué bonancible durante los primeros días, se trocó en temporal deshecho, y el vapor corrió á merced del huracán por espacio de cuarenta y ocho horas.

Al cesar la fuerza impetuosa del ciclón, descubrióse en el vapor de arbolado y maltrecho, una gran vía de agua que amenazaba hundirlo en el fondo del mar. La máquina había dejado de funcionar, y las bombas no podían achicar el líquido que anegaba las bodegas. El peligro se hizo inminente, y en aquellos aciagos instantes, los tripulantes y los viajeros se lanzaron á las canoas, procurando llevar consigo algunos víveres.

En una de las canoas se salvaron mi hermano y sus tres com-

pañeros con las cuatro talegas que formaban parte integrante de su indumentaria.

Después de mil peripecias y largos sufrimientos, llegaron á un islote del mar Indico, escasamente poblado de habitantes. Al verles acercarse, los salvajes huyeron apresuradamente, sin hacer caso de los signos y voces tranquilizadoras con que intentaron retenerles.

Durante la travesía se agotaron las provisiones, y para colmo de desdichas, el agua salada que entró en la canoa se mezcló con el agua dulce de los barriles de á bordo, inutilizando la indispensable bebida. Devorábales la sed, y su primer impulso fué buscar una fuente próxima á la orilla. En aquella isla, de origen madreporico, árida y yerma en su parte baja, las pequeñas corrientes arrastraban la sal de que estaba saturado el terreno, lo cual hacía de todo punto el agua im potable.

Sentados los cuatro compañeros en las peladas rocas, quemados por la sed, sentían tristemente la opresión de la riqueza estéril que llevaban encima. En aquél momento el caudal de diamantes nada valía, porque no había allí nadie que lo demandase.

Mi hermano, que sufría una dolorosa neuralgia, sinceramente exclamaba:

—Daría todos mis diamantes por unas obleas de antipirina.

—Y yo, por un vaso de agua, añadía otro con las fauces abrasadas por una sed homicida.

Por fin, vieron acercarse á una muchacha con dos vasijas llenas de agua, y cuando se levantaron dispuestos á arrebatárselas, apareció un grupo de hombres, armados de flechas, que rodearon de improviso á los náufragos, privándoles la acometida.

Acostumbrados á tratar con los europeos, quienes acudían allí para adquirir con baratijas sus productos, los indígenas se decidieron á aproximarse á los nuestros, viéndoles indefensos, desvanecido el temor de los primeros instantes.

Los naturales ofrecieron á los náufragos una abundante partida de coral y perlas. Poco caso hicieron éstos entonces de aquellos preciosos productos del mar, y con signos dieron á entender que lo que anhelaban á toda costa, era agua para calmar la sed irresistible que les atormentaba. Los salvajes, codiciosos, expresaron con sus ademanes que era el agua allí cosa preciada, ya que debían ir á una isla próxima para tenerla, y claramente manifestaron que querían algo en cambio.

Mi hermano, vencido por la sed, tomó la heroica resolución de abrir su talega y ofrecerles unos cuantos diamantes. Los indígenas contemplaron con indiferencia aquellos cristales en bruto y no se dieron por satisfechos. Uno de ellos indicó perfectamente, mostrándole los abalorios que lucía alrededor de su cuello, que no tenían aquellos cristales valor alguno, porque eran pequeños, y además porque no estaban agujereados. Otro señaló como cosa de valor, los botones de latón que conservaba todavía el chaleco de uno de los náufragos. Cualquiera adivina que, apenas notada la preferencia del salvaje, fueron arrancados los botones que tomaron con gran contentamiento los indios, dando, en cambio, el agua apetecida que en aquellos instantes fué para los náufragos más sabrosa que el néctar de los Dioses.

Véase, pues, como el coral y las perlas, en la ocasión referida, por la falta absoluta de demanda, no tuvieron valor alguno, de igual modo que los diamantes ni siquiera pudieron trocarse por un vaso de agua, por no haber quien los quisiese. Entonces hubieran valido mucho más, porque eran solicitados, los vulgares y pobres abalorios.

El deseo ó la necesidad empuja la demanda de las cosas, y esto las hace permutables. El valor de las cosas es hijo de la demanda, y está en razón directa del deseo de poseerlas, y en razón inversa de la cantidad de las cosas que se nos ofrecen. Suprimid el deseo de poseer diamantes, como pasó allí, y los diamantes carecen de valor, porque no pueden cambiarse por objeto ó servicio alguno. Aumentad la sed y disminuid el agua, y en seguida, veréis como un vaso de agua puede valer más que los diamantes de mayor tamaño.

Permitidme una comparación: todas las cosas tienen color, pe-